Breece D' J Pancake
“Trilobites”

Abro la puerta de la camioneta, pongo los pies en el callejón adoquinado. Vuelvo a mirar Company Hill, su superficie redondeada y desgastada. Tiempo atrás fue una montaña escarpada, había emergido como una isla en las aguas del río Teays. Necesitó más de un millón de años para convertirse en esta colina lisa que he explorado de punta a cabo en busca de trilobites. Siempre ha estado allí, siempre estará allí, al menos mientras sea necesario, o eso creo. El aire huele a verano. Un puñado de estorninos se zambulle sobre mi cabeza. Nací en este país y nunca he querido irme a ningún lado. Recuerdo los ojos muertos de papá que me miraban. Estaban resacos, ahí se me perdió algo. Cierro la puerta. Enfilo hacia la cafetería.

Veo un pegote de hormigón en la calzada. Tiene la misma forma que Florida y recuerdo lo que le escribí a Ginny en el anuario del instituto: «Viviremos a base de mangos y amor». Y ella agarró y se fue sin mí, dos años lleva ahí abajo sin mí. Me manda postales de flamencos con luchadores al fondo que pelean con caimanes. Nunca me pregunta nada. Me siento como un imbécil por lo que le escribí, me meto en la cafetería.

No hay nadie, el aire acondicionado me refresca. La hermana pequeña de Reilly *el Manitas* me sirve un café. Tiene unas buenas caderas. Se parecen un poco a las de Ginny, forman unas bonitas curvas donde se juntan con las piernas. Caderas y piernas como éstas sólo las ves en las escalerillas de los aviones. Camina hasta el final de la barra y se zampa los restos de la copa de helado. Le sonrío, pero es fruta prohibida. Menores de edad y serpientes negras son dos cosas que no tocaría ni con un palo. Una vez utilicé una serpiente de látigo, le arranqué la cabeza al mal bicho, y luego Pa me dio una paliza con ella. Recuerdo que papá a veces me sacaba de quicio. Sonrío.

Recuerdo que anoche me llamó Ginny. Su viejo había ido a recogerla en coche al aeropuerto de Charleston. Ya estaba aburrida. ¿Puedes quedar? Claro. ¿Ir a tomar unas birras? Claro. Eres el mismo Colly de siempre. Eres la misma Ginny de siempre. Ella hablaba con la boca pequeña. Quise decirle que Pa había muerto y que Ma estaba emperrada en vender la granja, pero Ginny hablaba con la boca pequeña. Me dio repelús.

Las tazas también me dan repelús. Las veo colgando de las alcayatas al lado de la vitrina. Cada taza con el nombre pegado, pringosas y criando polvo. Hay cuatro, una es de Pa, pero no es eso lo que me da repelús. La más limpia es la de Jim. Está limpia porque él todavía la usa, pero cuelga de la alcayata como las demás. Por la ventana, le veo cruzar la calle. La artritis le ha agarrotado las articulaciones. Pienso en todo el tiempo que tengo por delante antes de palmarla, pero Jim ya es viejo, y me da repelús ver su taza colgando de la alcayata. Voy a la puerta para ayudarle a entrar.

Dice: —Dime la verdad, ahora. —Y su vieja manaza me pellizca el brazo.

Digo: —No me sale. —Y le acompaño a su taburete.

Saco la piedra bulbosa del bolsillo y la pongo sobre la barra delante de Jim. Él le da la vuelta con su mano seca, la examina. —Un gasterópodo —dice—. Puede que del Pérmico. Te toca pagar la ronda otra vez. —Nunca puedo ganarle. Se los sabe todos.

—Aún no he encontrado ni un solo trilobites —digo.

—Hay unos cuantos —dice—. No demasiados. Los afloramientos que tenemos aquí son casi todos demasiado recientes.

La chica le trae el café en su taza y nos quedamos mirando su contoneo cuando vuelve a la cocina. Buenas caderas.

—¿Lo has visto? —Y da un respingo con la cabeza en su dirección.

Yo digo: —Melaza de Moundsville. Huelo la fruta prohibida a la legua.

—¡Y un cuerno! La edad nunca fue un impedimento ni para tu padre ni para mí allí en Michigan.

—Dime la verdad.

—Claro. Tienes que medir bien el tiempo para subirte los pantalones y colarte en el primer mercancías que pase.

Miro en el alféizar de la ventana. Hay unos cuantos esqueletos crujientes de mosca. —¿Por qué os fuisteis de Michigan papá y tú?

Las arrugas que cercan sus ojos se relajan. Dice: —La guerra. —Y da un sorbo al café.

Digo: —Él nunca volvió a la ciudad.

—Yo tampoco, siempre quise hacerlo, volver a Michigan o a Alemania, sólo para echar un vistazo.

—Sí, me había prometido que un día me enseñaría el lugar donde enterrasteis la plata y todo lo demás durante la guerra.

Jim dice: —A orillas del Elba. Seguro que ya lo han removido todo.

La órbita de mi ojo se refleja en el café, el vapor se enrosca alrededor de mi cara y siento que empezará a dolerme la cabeza enseguida. Levanto la vista para pedirle una aspirina a la hermana del Manitas, pero la muchacha se ríe en la cocina.

—La herida se la hicieron allí —dice Jim—. En el Elba. Estuvo inconsciente un buen rato. Dios mío, qué frío, qué frío hacía. Le di por muerto, pero al final recobró el sentido. Y luego me dijo: He visto el mundo entero; me dijo: China es muy bonita, Jim.

—¿Estuvo soñando?

—No lo sé. Hace años que todo eso me trae sin cuidado.

La hermana del Manitas viene con el bote de café a por la propina. Le pido una aspirina y veo que tiene un barrillo en la clavícula. No recuerdo haber visto fotos de China. Miro las caderas de la hermanita.

—¿Trent todavía quiere compraros las tierras para hacer casas?

—Pues claro —digo—. Y mamá seguro que va a vender. Yo no puedo llevar la finca igual que papá. La caña tiene muy mala pinta. —Apuro la taza de café. Estoy harto de hablar de la granja—. Esta noche salgo con Ginny.

—Dale un meneo de mi parte —dice, y me da un golpe en el paquete. No me gusta que hable así de ella. Se da cuenta y la sonrisa se le borra de un plumazo—. Encontré un montón de gas para su padre. Era un tipo estupendo antes de que su mujer lo dejase plantado.

Hago girar mi taburete, le doy una palmada en el hombro viejo y débil. Me acuerdo de papá y trato de bromear. —Hueles tan mal que el sepulturero ya te está siguiendo.

Se ríe: —Nunca he visto a un recién nacido más feo que tú, lo sabes, ¿no?

Sonríó y salgo pitando hacia la puerta. Oigo que le grita a la hermanita: —Ven aquí conmigo, cielo, que te quiero contar un chiste.

Una binza cubre el cielo. El calor me quema, penetra a través de la sal de mi piel, la tensa. Pongo la camioneta en marcha, voy hacia el oeste por la autopista construida sobre el cauce seco del Teays. Hay grandes cenagales y sobre las colinas que flanquean el valle se están formando unos nubarrones amarillentos que el sol no puede quemar del todo. Paso por un cartel de la WPA: «GEORGE WASHINGTON CARTOGRAFIÓ ESTAS TIERRAS – PEAJE DEL RÍO TEAYS». Veo campos y rebaños donde se alzan los edificios, es como si los viera desde un tiempo muy lejano.

Salgo de la carretera principal y enfilo hacia casa. Las nubes pasan y esparcen instantes de luz y de sombra sobre el patio. Vuelvo a mirar el lugar exacto donde papá se desmayó. Estaba de bruces, despatarrado, sobre la hierba alta, después de que una esquirla de metal se desprendiera de la vieja herida y le alcanzara el cerebro. Recuerdo haber pensado en ese instante que la hierba le había dejado marcas en la cara y que la tenía como si le hubieran atizado.

Llego al establo y me subo al tractor. Lo pongo en marcha y alcanzo el otero donde terminan nuestras tierras. Paro el motor. Me quedo ahí sentado, fumo, vuelvo a mirar el cañaveral. Las hileras de caña crecen en curvas apretujadas, pero alrededor del campo se ve una especie de cicatriz de arcilla seca y las hojas tienen una plaga violácea. No me preocupa la plaga. Sé de sobra que la caña está perdida como para tener que preocuparme ahora por la plaga. A lo lejos, alguien corta madera y el eco de los mordiscos del hacha llega hasta donde me encuentro. Las laderas están achicharradas y se ven espejismos de calor. Nuestro ganado se refugia en la cañada y los pájaros se esconden en los ramilletes de árboles que dejamos sin talar porque no necesitamos la madera ni el terreno que ocupan para pasto. Me quedo mirando el mojón viejo y ajado. Papá lo clavó cuando puso fin a los días de vagabundo y luego de soldado. El palo es de madera de robinia y aguantaré unos cuantos años más. Unas campanillas muertas están adheridas a la madera.

—Lo que pasa es que no sirvo para esto —digo—. Es inútil matarse a trabajar en algo que no se te da bien.

Cesan los hachazos. Escucho el batir de alas del saltamontes y aguzo la vista para ver si la plaga ha llegado al otro lado de los cenagales.

Digo: —Sí, señor, Colly, no sabrías cultivar guisantes en un mojón de mierda.

Aplasto el cigarrillo en el bastidor del tractor. No quiero incendios. Pulso el botón de encendido y avanzo a trompicones por los campos, luego bajo al vado del riachuelo, casi seco, y subo por la otra ladera. Las tortugas saltan de los troncos y se zambullen en las charcas. Paro la máquina. La caña de este lado está igual de mal. Me paso la mano por la quemadura de sol que tengo en la nuca.

Digo: —Al cuerno con Gin. Todo me sale mal.

Me arrellano en el asiento, procuro olvidarme de estos campos y de las colinas que los rodean. Mucho tiempo antes de mí y de estas herramientas, las aguas del Teays corrían por esta tierra. Casi puedo sentir el agua fría del río y las cosquillas que hacen los trilobites al arrastrarse. Las aguas de las viejas montañas bajaban hacia poniente. Pero las tierras se elevaron. A mí sólo me quedan los cenagales y los animales de piedra que colecciono. Entorno

los ojos y tomo aire. Mi padre es una nube de color caqui en el cañaveral y Ginny no tiene otro sentido para mí que el olor acre de las zarzamoras en lo alto de la sierra.

Cojo el saco y el gancho y salgo a cazar tortugas. Unos cuantos bagres brillantes nadan junto a la orilla. Cerca del musgo, veo unos anillos que se expanden donde se ha zambullido una tortuga. Esa taruga será mía. El piélagos huele a podrido y el sol es de color pardo.

Entro en el agua. La tortuga busca las raíces de un tronco. Tanteo un poco y noto que el garfio pega un tirón. Es una tortuga lista, pero igual es una idiota. Me apuesto a que podría pasarse el resto de sus días comiendo hígado de un gancho, pero la imbécil ha quedado atrapada entre las raíces y yo sigo dándole al garfio. La levanto y veo que es una tortuga mordedora. Tuerce el cuello gordinflón a un lado, mordiendo el hierro. La tumbo panza arriba en la arena y saco el cuchillo de papá. Piso el caparazón y aprieto con fuerza. Le estrujo el cuello gordo y saca la cabeza. Sale un poco de sangre de la herida que tiene en la boca, pero cuando le rebano el cuello, se forma un charco.

Una voz dice: —¿Has cazado un dragón, Colly?

Me estremezco y levanto la mirada. Sólo es el prestamista, en la orilla del arroyo, vestido con su traje de color canela. Tiene unas manchas rosáceas en la cara y el sol le oscurece los cristales de las gafas.

—De vez en cuando me apetece comerme una —digo. Sigo cortando cartílagos y despellejando el caparazón.

—A tu padre le pirraba la carne de tortuga —dice el tipo.

Oigo el rumor de las hojas de las cañas bajo el sol poniente. Tiro las vísceras al agua, meto el resto en la bolsa y me vuelvo para el vado. Pregunto:

—¿En qué puedo ayudarle?

El tipo empieza: —Te he visto desde la carretera, sólo he bajado a preguntarte por mi oferta.

—Se lo dije ayer, señor Trent. La tierra no es mía, no soy yo quien se la tiene que vender. — Suavizo un poco el tono. No quiero problemas—. Tiene que hablar con mi madre.

La sangre gotea del zurrón al suelo. Forma una pasta oscura con el polvo. Trent se mete las manos en los bolsillos y echa un vistazo al cañaveral. Una nube cubre el sol y mi cosecha reluce con un color verduzco bajo la sombra.

—Debe de ser la última granja de verdad que queda por aquí —dice Trent.

—Lo poco que dejó la sequía se lo llevará la plaga —digo. Me paso el saco a la mano que tengo desocupada. Veo que estoy cediendo. Estoy permitiendo que el tipo me maneje a su antojo.

—¿Cómo se encuentra tu madre? —dice. No le veo los ojos detrás de las gafas oscuras.

—Tirando —digo—. Quiere mudarse a Akron. —Muevo un poco el saco hacia el río Ohio y le salpico de sangre los pantalones—. Lo siento.

—Se quitará —dice, pero yo espero que no. Sonríe y veo la boca abierta de la tortuga en la arena—. Y bien, ¿por qué Akron? —pregunta—. ¿Tenéis parientes allí?

Asiento con la cabeza. —Suyos, no míos —digo—. Aceptará su oferta. Esta sombra sofocante me deja aplanado y mi voz se convierte en un susurro. Dejo el saco sobre el bastidor del tractor, me subo y le doy al botón de arranque. Me siento mejor, como nunca me había sentido. El asiento de metal me quema a través de los tejanos.

He visto a Ginny en la oficina de correos —grita el tipo—. Está hecha un pimpollo.

Le digo adiós con la mano, casi sonrío cuando pongo la primera y empiezo a avanzar cuesta arriba por el camino de tierra. Dejo atrás el Lincoln polvoriento de Trent, me alejo de mi cañaveral enfermo. Puede irse todo al diablo, las semillas pasadas, la sequía, la plaga... todo al diablo cuando mamá firme los papeles. Sé que siempre me van a echar la culpa, pero no puede ser culpa mía solamente.

—¿Y qué pasó contigo, viejo? —me pregunto—. Te dolió el costado toda la mañana, pero tú no eras de los que llaman al médico. No, claro que no, tenías que ir a ver si tu hijo había hecho bien la siembra. —Cierro el pico para dejar de hablar solo como un majadero.

Aparco el tractor en el camino que sube al granero, vuelvo la vista hacia el cañaveral y, a lo lejos, veo el arroyo. Trent dijo ayer que cubrirían el cenagal con escombros. Así pondrán las casas a salvo de las inundaciones, pero al mismo tiempo elevarán el nivel de crecida. Bajo todas esas casas, mis tortugas se convertirán en piedra. Nuestras vacas Hereford dejan unos redondeles amarillentos en la colina. Diviso la tumba de papá y me pregunto si la cubrirán las aguas cuando el río baje crecido.

Miro cómo juega el ganado. Deben venir lluvias. Siempre vienen cuando el ganado juega. A veces sus juegos llaman a la nieve, pero casi siempre es lluvia lo que viene. Cuando papá me atizó de lo lindo con esa serpiente negra, la colgó de una valla. Pero no llovió. El ganado no estaba jugando y no vinieron lluvias, pero no abrí la boca. Ya había tenido bastante con la serpiente y no quería que me diera con el cinturón.

Me quedo mirando la colina un buen rato. La primera vez con Ginny fue en el ramillete de árboles de esa colina. Recuerdo lo cerca que podíamos estar el uno del otro, puede que ahora también, no lo sé. Me apetece estar Ginny, enmarañarle el pelo en el primer prado que encontremos. Pero me la imagino en correos. Seguro que ha ido a enviarle postales a algún chico de Florida.

Subo con el tractor al granero y aparco en el cobertizo. Me seco el sudor de la cara con la manga y noto que las costuras de la camisa me caen de los hombros. Si me siento con la espalda recta aún puedo llenarlas. La tortuga se mueve dentro del zurrón y me saca de quicio oír el repiqueteo del caparazón contra el gancho. Me llevo la bolsa al grifo para lavar la pieza. A papá siempre le gustó la tortuga guisada. Estuvo hablando sin parar del guiso y de la jungla sólo una hora antes de que lo encontrase.

Me pregunto cómo irá todo cuando Ginny se pase a recogerme. Espero que no se ponga a hablar con la boca pequeña. Puede que esta vez me lleve a su casa. Si su madre no hubiese sido la prima de papá, su viejo me habría dejado ir a su casa. Que le jodan. Pero puedo hablar con Ginny. Me pregunto si se acordará de los planes que teníamos para la granja. Y también queríamos niños. Siempre me daba la lata con lo del pavo real. Le conseguiré uno.

Sonrío cuando vació el zurrón en la tinaja herrumbrosa, pero el olor del granero, el heno, el ganado, la gasolina, todo me trae recuerdos. Papá y yo levantamos el granero juntos. Miro cada clavo con el mismo dolor sordo.

Lavo la carne y la pongo a secar en un trozo de tela que arranqué de una sábana vieja. La envuelvo con la tela doblándola por las cuatro puntas y voy caminando a casa.

El aire arde, pero está revuelto y las cortinas de la ventana de la cocina se mueven. Desde dentro, oigo que mamá y Trent están hablando en el porche y dejo la ventana abierta. La azuca

con la misma insistencia de ayer y me apuesto a que mamá se lo está tragando. Seguro que está pensando en las veladas de té y pastas que celebrará con sus primas en Akron. Nunca escucha lo que le dicen. Se limita a contestar vale a cualquier cosa que alguien le diga, siempre que ese alguien no sea yo ni mi padre cuando aún vivía. Si es que incluso votó a Hoover antes de que se casaran. Pongo la carne de tortuga en la sartén, saco una cerveza. Trent intenta ablandarla hablándole de mí; aguzo el oído.

—Estoy convencido de que Colly aceptará —dice. Su voz no ha perdido el soniquete nasal de las montañas.

—Le dije que Sam le colocaría en la Goodrich —dice ella—. Le enseñarían un oficio.

—Y en Akron encontrará buenos chicos de su edad. Seguro que le sienta bien. —Pienso que su voz suena como un maldito televisor.

—Pues la verdad es que me hace mucha compañía. No ha salido ni una sola vez desde que Ginny se fue a esa universidad.

—En Akron también tienen universidad —dice, pero cierro la ventana.

Me apoyo en el fregadero, me paso las manos por la cara. El olor de tortuga me ha impregnado los dedos. Huelo igual que las charcas.

A través de la entrada al salón, veo la arqueta que me hizo papá para guardar las piedras. Las etiquetas blancas asoman detrás del lustre apagado del cristal. Ginny me ayudó a encontrar por lo menos la mitad. Si finalmente fuese a la universidad, luego podría volver y ocupar el lugar de Jim en los pozos de gas. Me gusta tener en las manos esas piedrecitas que vivieron hace tanto tiempo. Pero la geología no me dice nada. No he encontrado ni un solo trilobites.

Remuevo la carne, estoy atento a si se oyen ruidos o voces en el porche, pero no oigo nada. Miro fuera. Un destello de luz reparte sombras en el patio y proyecta una franja de oscuridad debajo del alero del granero. Puedo sentir la mugre que cubre mi piel en el aire quieto. Salgo con mi cena al porche.

Echo una mirada al valle, al lugar donde los bisontes solían apacentarse antes de que colocaran las primeras vías férreas. Ahora esos raíles los cubre una autopista y los coches pasan volando, primero de ida, luego de vuelta, contra el viento. Me quedo mirando el coche de Trent, que circula hacia el este, de camino a la ciudad. No me atrevo a preguntar enseguida si se ha salido con la suya.

Le pongo el plato debajo de las narices, pero mamá lo aparta con un mohín. Me siento en la vieja mecedora de papá, veo llegar la tormenta. En el arcén de la carretera se forman pequeños remolinos de polvo y el viento deposita en el patio ramitas de arce con sus vientres blancos boca arriba. Al otro lado de la carretera, nuestra cortina forestal se mece y las hileras de arces se agitan en todas direcciones.

—Va a caer una buena, ¿no? —digo.

Mamá no dice nada y se da aire con el abanico del tanatorio. El viento le desordena el pelo, pero ella continúa agitando como una loca esa cartulina de Jesús. Le cambia la cara. Sé lo que está pensando. Piensa en que ya no es la chica de la foto sobre la repisa de la chimenea. Ya no lleva la gorra de recluta ladeada sobre la cabeza.

—Qué pena que no hayas salido antes de que se fuera Trent —dice. Echa una mirada a la cortina de árboles al otro lado de la carretera.

—Ayer le oí —digo.

—No es eso ni mucho menos —dice ella, y veo que baja ligeramente la cabeza—. Ocurrió lo mismo cuando Jim nos llamó para preguntarnos si queríamos alubias y tuve que decirle que las dejara en el tractor al lado de la iglesia. Me asombra la de cosas que dice la gente cuando un hombre se asoma a tu ventana.

Ya sé que Jim habla como un viejo chocho, pero nunca la violaría ni nada parecido. No quiero discutir con ella. —Y bien, ¿de quién son estas tierras?

—Aún nuestras. No tengo que firmar nada hasta mañana. Deja de sacudir su Jesús y me mira. Empieza a hablar—: Te gustará Akron. ¡Ay señor!, seguro que a la hija pequeña de Marcy le encantará conocerte. También le gusta andar con la nariz pegada a las piedras. Además, tu padre siempre dijo que nos instalaríamos en Akron cuando fueses lo bastante mayor para llevar la granja.

Sabía que tenía que decirlo. Me limito a cerrar el pico. Llega la lluvia y repica sobre el tejado de zinc. Miro el campo, el viento arranca algunas ramas de los árboles. A lo lejos, detrás de las colinas, las nubes disparan esquirlas de luz. Esta tormenta apenas nos ha rozado.

El deportivo de Ginny vuela por la carretera hacia el este y pita al pasar, pero sé que volverá.

—Igualita que su madre —dice mamá—. Corriendo como una condenada a cualquier bar de la mala muerte.

—No conoció a su madre —digo. Dejo el plato en el suelo. Me alegra que Ginny haya pitado al pasar.

—¿Y por qué no me escapo yo con un capataz de los pozos?

—Tú nunca harías eso, mamá.

—Tienes razón —dice, y se queda mirando los coches que pasan—. La mató de un disparo. Luego se suicidó.

Miro más allá de las colinas y del tiempo. Hay cabellos pelirrojos en la almohada, manchados de sangre por el balazo. Otro cuerpo yace ovillado y frío al pie de la cama.

—Dicen que lo hizo porque no quería casarse con él. Le encontraron dos alianzas en el bolsillo. Ese italiano... enano y chif lado.

Veo policías y reporteros en esa habitación diminuta. La gente farfulla en el pasillo, pero nadie se atreve a mirar de frente la cara de la muerta.

—Bueno —dice mamá—. Por lo menos, todavía llevaban la ropa puesta.

La lluvia amaina y me quedo sentado largo rato mirando las achicorias azules que se mueven junto a la carretera. Pienso en todas las personas que conozco que han abandonado estas colinas. Sólo Jim y papá volvieron a la tierra y la trabajaron.

—¡Mira los fuegos fatuos! —Mamá señala las colinas con el dedo.

Caen despacio las gotas de lluvia y, a medida que el suelo se empapa y enfría, sube la niebla. Son pequeños fantasmas colgados de las ramas, enroscados en las quebradas. El sol intenta penetrar a través de la neblina, pero sólo es un manchurrón pardo y sin lustre en el cielo rosado. Donde hay niebla, la luz es de un naranja dorado.

—No recuerdo cómo la llamaba papá —digo.

Los colores viran, mudan tonalidades.

—Sabía darle nombres divertidos a las cosas. Al gato macho lo llamaba «cacho-coño».

Hago memoria. —Y los copos de maíz eran «cacos de lombriz» y el pollo era un «plomo».

Nos reímos.

—Bueno —dice—. Siempre estará en nosotros.

La pintura pegajosa del brazo de la silla se me incrusta debajo de las uñas. Pienso que mi madre siempre ha sido una aguafiestas.

Ginny vuelve a tocar la bocina desde la carretera. Me levanto para entrar, pero me detengo en el umbral, con la cortina en la mano, buscando las palabras.

—No iré a vivir a Akron —digo.

—¿Y dónde va a vivir el señor, si se puede saber?

—No lo sé.

Vuelve a darle al abanico.

—Me voy con Ginny a dar una vuelta en coche —digo.

Ni me mira. —Vuelve a casa temprano. No creo que el señor Trent quiera esperar a que termine de dormir la mona.

La casa está en silencio y la oigo lloriquear en el porche. Pero ¿qué demonios puedo hacer yo? Voy corriendo a lavarme el olor a tortuga de las manos. Tiemblo de la cabeza a los pies mientras corre el agua. Le he replicado. Es la primera vez que lo hago. No puedo permitir que Ginny me vea temblando. Camino directamente hacia la carretera sin volver la mirada al porche.

Me subo al coche, dejo que Ginny me dé un beso en la mejilla. Parece cambiada. Nunca la he visto con esta ropa y lleva demasiadas joyas.

—Estás estupendo —dice ella—. No has cambiado nada.

Vamos por la autopista en dirección oeste.

—¿Qué hacemos?

Dice: —Vamos a apalancarnos, por los viejos tiempos. ¿Qué te parece la vieja estación de trenes?

Digo: —Vale. —Echo mano a una lata de Falls City del asiento de atrás—. Te has dejado crecer el pelo.

—¿Te gusta?

—Mmm... Sí.

Avanzamos por la carretera. Miro la niebla iluminada, los colores irisados.

Dice: —Da miedo el anochecer, ¿eh? —Habla todo el rato con la boca pequeña.

—Papá siempre lo llamaba «fuego loco» o algo así.

Aparcamos junto a la estación abandonada. Casi todas las puertas y ventanas están tabicadas. Bebemos y miramos los colores del cielo que viran hacia el gris a medida que cae la noche.

—¿Has hojeado tu anuario? —apuro la lata de City de un trago.

Se parte de risa. —¿Sabes? —dice—. Ni siquiera sé dónde metí ese trasto.

Me siento demasiado mal para decir algo. Miro los sembrados de fleos al otro lado de las vías. Hay pozos allí, bombas que extraen los gases antiguos. El gas arde con una llama azul y me pregunto si el sol de la Antigüedad también era azul. Las vías corren por la llanura hasta convertirse en un punto en la calima pardusca. Se oyen los clics de los cambios de agujas. Unos cuantos vagones cisterna esperan en el intercambiador. Sus ruedas se oxidan con las vías. Me pregunto por qué demonios me dio por los trilobites.

—Hay una fiesta de las buenas en Rock Camp —digo. La miro mientras bebe. Tiene la piel tan blanca que despide un fulgor amarillento y las últimas luces del día prenden chispas en su melena pelirroja. Dice: —Si se entera mi padre, se pone hecho un basilisco. Figúrate, yo tan cerca de los pozos.

—Ya eres mayor. Venga, vamos a dar un paseo.

Salimos del coche y ella de pronto me coge del brazo. Siento sus dedos como si fueran lacitos sobre las venas de mi mano.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunto.

—Sólo una semana, luego pasaré una semana con mi padre en Nueva York. Me muero por volver. Es genial.

—¿Sales con alguien?

Me mira con su sonrisa divertida de siempre. —Sí, salgo con un chico. Estudia el plancton en la universidad.

Estoy con el miedo en el cuerpo desde que le repliqué a mi madre, pero ahora vuelve a dolerme. Vamos a los vagones cisterna y ella se agarra a la escalerilla y sube.

—¿Te parece bien éste? —Tiene un aspecto divertido, agazapada como si acabara de colarse de polizón en un vagón de mercancías. Me río.

—Sujétate más cerca de la locomotora. Si te resbalas, saldrás despedida. Así como estás, el vagón te engulliría y te pasaría por encima. Además, nadie se cuele en un vagón cisterna.

Se baja del vagón, pero no me coge de la mano.

—Te lo enseñó todo. ¿Cómo la palmó?

—Un trocito de obús. Lo llevaba incrustado desde la guerra. Se le metió en las venas, en el... —Chasqueo los dedos. Quiero hablar, pero la imagen no quiere convertirse en palabras. Me veo a mí mismo desparramado, cada célula de mi cuerpo a millas de las demás. Las reúno y me agacho en la hierba oscura. Me dejo caer boca arriba y la miro a los ojos largo rato antes de cerrar los míos.

—Nunca hablas de tu madre —digo.

Ella dice: —No me apetece. —Y se acerca corriendo a una ventana abierta de la estación. Se asoma, luego se gira y me mira—. ¿Podemos entrar?

—¿Por qué? Ahí dentro sólo hay básculas de pesaje viejas.

—Pues porque es espeluznante y estupendo, y me da la gana. —Vuelve corriendo y me da un beso en la mejilla—. Me aburre verte con esa cara de perro. ¡Sonríe!

Me rindo y empiezo a caminar hacia la estación. Arrimo un banco carcomido a la ventana y entro. Le doy la mano y la ayudo a subir. Se corta en el antebrazo con un trozo de cristal. El corte es superficial, pero me quito la camiseta para vendarle la herida. La tela absorbe la sangre violeta.

—¿Te duele?

—No mucho.

Veo una abeja albañila sobre el filo del cristal. Bate las alas azul metalizado mientras camina por el borde. Sorbe los restos de piel que el cristal le ha raspado. Las oigo trabajar dentro de las paredes.

Ginny ya está en la otra ventana y mira por un nudo en la madera de los tablones.

Pregunto: —¿Ves ese punto verde claro en la segunda colina?

—Sí.

—Es el cobre de vuestro tejado.

Se vuelve, me mira. —

Vengo mucho por aquí —digo.

Respiro el aire estadizo. Me alejo de ella y miro por la ventana que da a Company Hill, pero continúo sintiendo su mirada sobre mí. Company Hill parece más grande bajo la luz del crepúsculo y pienso en todas las colinas que hay cerca del pueblo sobre las que nunca he puesto los pies. Ginny se me acerca por la espalda y oigo el crujir del cristal bajo sus pasos. El brazo herido me enlaza, siento la pequeña mancha de sangre fría sobre mi espalda.

—¿Qué pasa, Colly? ¿Por qué no podemos divertirnos un poco?

—Cuando era un chaval, intenté escaparme de casa. Caminaba por la pradera que hay al otro lado de Company Hill cuando una sombra me pasó por encima. Te juro por Dios que pensé que era un pterodáctilo. Era un condenado avión. Me entró una rabia tan grande que me volví a casa.

Rasco trocitos de pintura del marco de la ventana, espero a que hable ella. Se apoya en mí y le doy un beso muy profundo. Ciño su cintura entre mis manos. La piel de su cuello es casi demasiado blanca bajo este anochecer desmayado. Sé que no puede entenderlo.

La atraigo hacia el suelo. Su perfume sube hacia mí y hago a un lado las cajas. No espero nada. No está haciendo el amor. Se acuesta conmigo. Vale, pienso, vale. Acuéstate conmigo. Le bajo los pantalones hasta los tobillos, me la follo. Pienso en la hermana del Manitas. Ginny no está aquí. La hermana del Manitas está debajo de mí. Una mano de luz azul pasa por encima de mí. Abro los ojos y veo el suelo, huelo el tufo de la madera mojada por la lluvia. Serpientes negras. Fue la única vez que me azotó.

—Deja que me corra contigo —digo. Quiero arrepentirme, pero no puedo.

—Colly, por favor... —Me aparta de un empujón. Su cabeza se gira a un lado y a otro sobre los pedacitos de cristal y pintura.

Me quedo mirando un buen rato los cercos oscuros que envuelven sus ojos. Es alguien a quien conocí hace mucho tiempo. No recuerdo su nombre durante un minuto, luego me viene a la cabeza. Me siento contra la pared y me duele la columna. Escucho los trabajos de las abejas albañilas que construyen sus nidos y le paso un dedo por la garganta.

Ella dice: —Quiero irme. Me duele el brazo. —Su voz sale de un lugar profundamente hundido en su pecho.

Salimos trepando. Una luz amarilla brilla en las traviesas y las agujas chirrían. Oigo un tren a lo lejos. Me devuelve la camiseta y se sube al coche. Me quedo mirando las manchas de sangre en la tela. Cuando levanto la vista, las luces traseras de su coche son unos borrones rojizos en la niebla.

Me doy un paseo hasta el andén y me tumbo en un banco. La noche me enfría los párpados. Caigo en que ésa fue la primera y única vez que un avión me pasó por encima.

Veó la imagen de mi padre: un vagabundo joven que achica los ojos frente al sol poniente de Michigan, con el lago a sus espaldas. Se le ha endurecido el rostro después de haber vivido a salto de mata en tantos lugares distintos tantos días y, de repente, entiendo que su error fue volver aquí y clavar ese mojón de robinia en el otero.

—¿Has visto que las luciérnagas azules son las únicas que salen después de llover? Las verdes casi nunca lo hacen.

Oigo que llega el tren. Va a toda máquina. No creo que lleve ningún polizón a bordo.

—Bueno, ¿sabes que el Teays debía de ser un río muy caudaloso? Sube a Company Hill y mira más allá de los cenagales. Ya lo verás.

El ruido de la locomotora se me mete en la piel. Sus faros cortan una gruesa rebanada de niebla. Ningún vagabundo en su sano juicio intentaría colarse en ese tren. Va a todo gas.

—Me dijo Jim que el río bajaba del oeste al noroeste y que su curso continuaba hasta la vieja desembocadura del San Lorenzo. Había peces aguja, de tres a seis metros. Dijo que continúan ahí abajo.

Es probable que el bueno de Jim la palme contando un embuste así. La máquina pasa traqueteando. Una traviesa podrida escupe una cortina de barro cuando siente su peso. Va demasiado deprisa para subirse a la carrera. Es la pura verdad.

Me levanto. Pasaré la noche en casa. Algún día cerraré los ojos en Michigan, o quizá incluso en Alemania, o en China. Aún no lo sé. Camino, pero no tengo miedo. Siento que mis temores empiezan a disiparse en anillos concéntricos a través del tiempo, durante un millón de años.